



MARCEL PROUST, *La muerte de las catedrales*, edición y traducción de Mauro Armiño, Punto de Vista Editores, Madrid, 2025, 151 pp. ISBN 979-13-87624-25-5.

A diferencia de “iglesia”, “catedral” no es un término que aparezca en las *Reflexiones sobre la Revolución en Francia* (1790) de Edmund Burke ni, hasta donde sé, Marcel Proust se refirió nunca a la publicación de la que brotaron, una tras otra, todas las reacciones conservadoras, la mayoría de ellas francesas, a la proscripción de las instituciones eclesiásticas y la confiscación de sus propiedades. Pero “catedral” será una de las palabras más importantes en la escritura de John Ruskin y, a través de Ruskin, tanto “catedral” como “iglesia” llegarían a la de Proust, que tradujo *La Biblia de Amiens* y lamentó “la muerte (o el asesinato) de las catedrales”. En uno de los textos seleccionados por Mauro Armiño, ‘En memoria de las iglesias asesinadas’, tan importante es la oposición a los decretos de la Tercera República francesa de desafectación de los monumentos religiosos como la enseñanza ruskiniana de que “no podemos recordar sin la arquitectura”.¹ En el último párrafo de ‘La lámpara de la memoria’, que el propio Ruskin evocaría como el mejor (“y el más vano”) de *Las siete lámparas de la arquitectura*, volvía a plantearse la idea del contrato social entre los muertos, los vivos y los que aún tienen que nacer que constituía el corazón del panfleto de Burke. ¿Han de preservarse los edificios del pasado? “Pertenecen — escribió Ruskin— en parte a los que los han construido y en parte a todas las generaciones de la humanidad que han de seguirnos.” Los muertos mantienen sus derechos —añadía Ruskin— y no tenemos derecho a obliterarlos. Ruskin aludía a la catedral de Avranches en Normandía, derruida en 1799 a consecuencia de la Revolución francesa: ¿pertenecía a la turba que la destruyó más de lo que nos pertenece a “nosotros, que damos vueltas apesadumbrados sobre sus cimientos”? En la versión definitiva de ‘La muerte de las catedrales’, que Proust incluiría en *Pastiches y Mélanges* (1919), la conclusión es que “los muertos ya no gobiernan a los vivos [y] los vivos, olvidadizos, dejan de cumplir los deseos de los muertos” (pp. 42-43 de la edición de Armiño). “Lo que he dicho de las catedrales —añade Proust— se aplica a todas las bellas iglesias de Francia” (p. 45).

Que no podamos recordar sin la arquitectura es una de las enseñanzas más profundas de Ruskin y trasciende, con mucho, la cuestión de la desafectación de las catedrales e iglesias en Francia y, en cierto modo, la cuestión de si la muerte de las catedrales e iglesias significa, en realidad, la muerte del cristianismo o incluso la muerte de Dios. (Proust alude de pasada a Nietzsche en su necrológica de Ruskin, p. 77.) En el artículo ‘La iglesia de aldea’, publicado en 1911 y que empieza con una

¹ En el segundo capítulo de ‘La lámpara de la verdad’, Ruskin evocaría la muerte de las “tonalidades” en “nuestras catedrales”. Cito por *The Seven Lamps of Architecture* [1849], The Complete Works of John Ruskin, Library Edition, vol. VIII, George Allen, Londres, 1903, disponible en <https://the-ruskin.co.uk/publications-resources/the-complete-works-of-john-ruskin/>.

mención del “genio del cristianismo” del burkeano Maurice Barrés, Proust convertirá su recuerdo de “nuestra iglesia” en la falsilla del primer volumen de *A la busca del tiempo perdido*: “¡Qué bien vuelvo a ver nuestra iglesia! Familiar; medianera, en la calle donde estaba su pórtico principal, de la casa donde vivía el farmacéutico y de la tienda de ultramarinos [...] había entre ella y todo lo que no era ella una demarcación que mi mente nunca pudo llegar a franquear” (p. 141). Armiño habla de “montaje de fragmentos” y el lector reconoce (o recuerda) en seguida el estilo característico de Proust. Que, gracias a la arquitectura, podamos recordar estaría así al servicio de lo que Proust llamaría, siguiendo a Jules Michelet, “la completa resurrección integral que es una misa mayor en una catedral” (p. 37).

¿Se puede tener fe en esa resurrección? La cuestión de la fe de Ruskin ocupa algunas de las páginas más hermosas de esta edición, curiosamente en una serie de notas de Proust como traductor (pp. 114-116, 132). La fe de Ruskin es, en lo esencial, la fe de Horacio y se basa en “la permanencia de un sentimiento estético que el cristianismo no interrumpe”. Otra cuestión muy distinta es la fe de Proust y la fidelidad que mantendría respecto a las enseñanzas de Ruskin. De madre judía y de padre católico, podríamos pensar que Proust fue fiel al judaísmo siendo un *dreyfussard* desde el primer momento y que también fue fiel al catolicismo al alinearse con quienes se opusieron a los decretos de laicización. La carta a Paul Grunebaum-Ballim, incluida en esta edición, ha de ser leída con mucha atención, especialmente cuando cita de una manera esotérica la *Introduction á la vie de l'esprit* de Léon Brunschvicg (pp. 56-57). Que la literatura sea también una “lámpara del sacrificio” (p. 136) podría ser la última palabra de la traducción proustiana de Ruskin.

La muerte de las catedrales es la última traducción proustiana de Mauro Armiño, una especie de coda delicadísima a la inmensa traducción de *A la busca del tiempo perdido*.²

Antonio Lastra

² Tuve el privilegio de conversar con Armiño a propósito de Proust en la II Escuela de Grandes Libros de La torre del Virrey en septiembre de 2025 (conversación disponible en <https://www.youtube.com/watch?v=N2Ye8e9gpNk&t=1891s>).